

PERDÓN, PERDONAR

Pocas cosas resultan a los humanos más difíciles que perdonar o pedir perdón. Tan difícil, que es propio y casi exclusivo de almas magnánimas, almas grandes que no llevan una libreta de agravios para sacarla a relucir en la primera oportunidad. Perdonar es propia de personas nobles, superiores, que raramente ven malas intenciones en los demás y, por eso, no precisan pedir perdón porque para ellos "too er mundo e güeno"

Se distinguen en que siempre hablan bien de todo el mundo y "el mundo" les corresponde con una sonrisa, una noble amistad y la misma moneda. Para la inmensa mayoría que no acostumbra pedir perdón, existe una amplia bibliografía donde se estudian los pros y los contras que conlleva el empeñarse en "mantenella y no enmendalla"

Pedir perdón requiere mucho valor, y sobre todo, el valor de más nobles quilates. Es una lucha contra nuestros más fuertes y duros enemigos: la soberbia y el amor propio que nos atenaza, pecados que no desaparecen sino un día después de nuestra muerte.

A nivel humano, las personas inteligentes y equilibradas suelen pedir rápidamente perdón cuando han cometido un error. Pide perdón con rapidez, naturalidad y reconociendo su falta con sinceridad. ¿Quién no se equivoca? Resultado: se acaba la guerra enseguida, se queda como un rey y no se pierden las amistades.

Los católicos tenemos en el Nuevo Testamento la mejor de las Cartillas de Instrucciones para guiarnos en nuestras relaciones sociales. En él viene la luz para resolver todos nuestros problemas. La luz nos la da Cristo, las resoluciones la deja para nosotros.

Para el Señor **el perdón** tiene tal valor que en el NT nos ha dejado palabras insuperables sobre el mismo, Así:

En el Padre Nuestro, la única oración recomendada por Jesús nos manda: "Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden" Condición esencial es que oremos arrepentidos y que nosotros perdonemos igual que nos perdonan.

El perdón está muy ligado al amor. A los hijos y a los seres queridos se les perdona todo. Además el cristiano está obligado a perdonar a su prójimo "por amor a Dios" ¿Cuántas veces hay que perdonar?, preguntó, Pedro a Jesús, ¿Hasta siete veces? "No digo hasta siete, sino hasta setenta veces siete" respondió Cristo. Es decir, siempre. Siempre que pidamos perdón arrepentidos y restituyamos los daños causados.

Mateo nos recuerda el caso del Rey que: "... perdonó una gran suma, por que se lo pidió angustiado, a uno de sus súbditos. Sale este, ve a uno de sus deudores que le debía una pequeñísima cantidad, le agarra por el cuello y lo mete en la cárcel. Enterado el Rey lo llamó y le dijo: ¡Criado perverso, toda aquella deuda te la perdoné porque me lo suplicaste! ¿No debías tú que tener compasión de tu compañero como yo la tuve de ti? E indignado, el rey lo entregó a los verdugos hasta que pagara toda la deuda. **Así os tratará mi Padre del cielo si no**

perdonáis de corazón cada uno a su hermano” . ¡Tremendo! No es solo perdonar, el Señor nos exige perdonar, pero perdonar todo y de todo corazón.

El cristiano, a pesar de todos sus defectos humanos, lleva una marca en su alma que garantiza la predisposición al amor y el perdón al prójimo. Si cae, se levanta, pide perdón arrepentido y vuelve a empezar. En ningún país gobernado por cristianos han tenido lugar las muertes, asesinatos, miserias, hambres,...que han tenido lugar el siglo pasado en el mundo en todas las naciones que prescindieron de Dios: Alemania, Rusia, China, Italia,Los terroristas, los extremistas de cualquier tipo, en sus luchas, mueren odiando; los cristianos mueren amando y perdonando.

La Iglesia no tiene más armas para defenderse que los Evangelios, el amor, el perdón, la oración y la Eucaristía. Sin embargo, infunde un temor y una aprensión terribles a sus enemigos. A pesar de no creer en Cristo, saben que existe, que está vivo y que, al final, vence en todas las ocasiones.

Cierto que en nuestros días los “sin Dios” están acorralando y destruyendo a la Iglesia de Cristo. ¡Vano empeño! Perderán la guerra, aunque ganen algunas batallas y lleven a muchas almas al infierno. El diablo que los dirige, ya los tiene cazados y metidos en su zurrón. La nobleza de la Iglesia a la que persiguen, se “venga” , rogando al Señor “con todo su corazón” por el perdón y la conversión de quienes le persiguen e injurian.

A Cristo le bastó un sincero arrepentimiento, en el último minuto de la vida del “buen ladrón”, para perdonarle. Igualmente elevó al cielo la oración, por quienes le estaban crucificando. más estremecedora y divina de las que se conocen: “Perdónalos Señor, porque no saben lo que hacen”

Mérida (España), 9 de mayo de 2011

Alejo Fernández Pérez

Alejo1926@gmail.com

<http://www.autorescatolicos.org/alejofernandezperez.htm>